

POEMAS *Ana María Gómez Vélez*

Descubrimiento

¿Quién teje el delicado hilo
que va desde el camino hasta tus pies?
¿Cuántas estrellas caben
en la cuenca de tu mano cerrada?
¿Cuántos sueños vuelan en un suspiro?
¿Cuánto amor contiene una lágrima?
¿Es verdad que aparecen
cientos de ángeles en una sonrisa?
¿Cuántas veces en un abrazo
están el cielo y el infierno
mezclados e intactos?

Abecedario

Ausencia
Búsqueda
Caída
Dominio
Errante
Falso
Gruta
Huerto
Isla
Jungla
Lugar
Lluvia
Música
Nunca
Órbita
Pasión
Quejido
Rumbo
Sueño
Temor
Ulterior
Vértigo
Y
Zambullirse

¿Cómo desapareció el desamor?

I.
La caracola que recogió en la playa
sirvió para que la hechicera de la tribu
hiciera un collar
y anudara el silencio a su costado.

II.
Y de repente todo volvió a su sitio.
Los jarrones antes hechos añicos en el piso,
ahora estaban enteros.
Igual su corazón,
el amor estaba intacto.
El desamor había dejado de existir.

III.
Ella era una mariposa
y murió al posarse
sobre la flor del color del sol.
A la mañana siguiente
apareció la flor-mariposa:
Era un pájaro tan pequeño
como un dedo meñique
y tan liviano como un copo de algodón.
Besó la flor deshojada
y todo empezó de nuevo.

Sueños

Sueños consentidos
corazón agitado
sentidos atentos
fluyen en mi sangre
deseantes burbujas
suspiros leves
sueños fluyendo
flores deshojadas en mi espalda
manos en mi vientre
aliento cálido
murmullos
sueños y sedas

Dos palabras

“Ni idea. Esas son dos palabras...”

Cuarto menguante.
 Soy yo. Te extraño. Nos vemos.
 Te cuidas. Salgamos juntos.
 Te pienso. Aquí estoy.
 Cuenta conmigo. Caminemos juntos.
 Cuarto creciente.
 No sé. Nada creo. Flor deshojada.
 La vida. Una trampa.
 Bonito día. Buenas noches. Puerta cerrada.
 Quiero sexo. La muerte.
 Tomemos otro.
 Emborráchate conmigo.
 Luna llena.
 No estoy. Usuario desconectado.
 ¿Qué piensas? Tiempo muerto.
 Caída libre. No responde.
 Luna nueva.
 Estoy soñando.
 Duermo penas. Usuario inexistente.
 Escribo poemas. Leo novelas.
 Camino, canto.
 Soy mujer. Sin retorno.
 La mar. Calma chica.
 Todo acabó. Por fin.
 ¡Oh, no!

Soy mujer

Soy mujer
 Diversa, mudable, variable, cambiante,
 soy una y soy miles,
 soy ésta y la otra
 la que está aquí, la que está allá.
 En mí encuentras
 a la sumisa, a la contrincante,
 a la apasionada, a la dócil, a la tierna,
 a la amiga, a la novia, a la amante,
 a la santa, a la pecadora,
 a la anciana, a la dulce niña,
 a la coqueta, a la apaciguadora,
 a la compañera, a la enemiga mortal,
 a la enfermera, a la incondicional,
 a la devota.
 Soy la poeta
 la periodista, la narradora,
 la memoriosa,
 la que escucha,
 la que pregunta,
 la que domina la situación
 y la asustadiza.
 La que olvida todo sin preocupaciones
 ni dobleces,
 la que exige y pelea por sus derechos.
 La que aguanta todo sin hablar.
 Y la que grita, la que gime.
 Y también tienes en mí a esa,
 a la que calla, a la que sueña,
 a la que llora, a la que goza,
 a la que juega todos los juegos sin trampas
 a la que se equivoca a cada instante y
 a la que piensa y entiende
 a la que sabe de estrategias
 a la que sufre, a la que ríe,
 a la que sabe de entregarlo todo
 y de perderlo todo, también.
 A la que sabe de mitos y de ritos,
 de embrujos,
 de hechizos, de conjuros.
 A la científica,
 a la que calcula y compara,
 a la que niega, a la que espera,
 a la que teje, a la que desteje,
 a la que une, a la que separa
 a la que dice la verdad

a pesar de que quieras escuchar mentiras.
 Soy una y mutable
 soy yo y soy miles
 Soy yo misma y muchas otras.
 ¿Por qué, hombre ingrato,
 buscas a otras si conmigo
 las tienes a todas?
 No ves que soy yo, la que cambia,
 la que muda de piel y de oficio?
 Abre bien los ojos para que sientas
 Abre bien el oído para que mires
 Cierra bien los ojos para que veas
 quién está a tu lado
 y aunque la ignores
 se ocupa de tus pequeñas cosas
 y alegre tus días.
 Soy yo, única e inmutable.
 La mujer que sueña, la mujer que espera.
 La mujer definitiva y total:
 Ana María, Penélope, Anita, Chiqui,
 Pamela, Andrea, Sonia, Inés, Tata,
 Edith, Aurelia, Romelia, Esmeralda.
 Soy yo: mujer entera.
 Mujer para mí, para ti y para el mundo.

Para escribir un cuento

Había una vez en un país remoto una mujer que se llamaba Heroína. Una tarde soleada salió a pasear bajo los guayacanes, cuando pisaba las hojas secas y las flores que caían, sus sandalias les arrancaban leves crujidos. La brisa que venía del mar lejano le acariciaba el cabello y los hombros desnudos. Heroína añoraba besos y abrazos -una sonrisa se dibujaba en su rostro-. Caminó bajo una ceiba enorme que perdía sus hojas por puñados y que desprendía unas motas blandas, Heroína las recogió y encontró un diminuto grano oscuro y duro y dijo:

-Dentro de ti se encuentra ese árbol enorme- y se tragó la semilla.

Ella quería ser etérea, no existir, para volar como ese grano de árbol que había encontrado.

En su camino topó con un hombre bello y deseable. Se llamaba Único y pensaba que el mundo giraba a su merced y dignísima disposición. Conversaron largo rato, a Heroína le encantaba hablar de temas profundos y Único no deseaba quedarse atrás.

Caminaron juntos y luego ella se marchó a su torre de cristal donde vivía tranquila y sola. A los pocos días recibió una paloma mensajera con un anuncio de Único quien deseaba verla de nuevo.

Heroína, quien esa mañana se dedicaba a juntar letras y a contar flores se dijo:

-¿Qué más da?- Le devolvió la paloma con una nota en la que le prometía que lo vería al atardecer, bajo la ceiba.

Ese atardecer Único y Heroína contaron estrellas y cortaron azahares.

Sintieron que la vida los recompensaba al caminar bajo la luna.

Se besaron con dulzura y durmieron una siesta bajo los guayacanes, desnudos...

Pasaron los días y el intercambio de cartas entre Único y Heroína creció. Se veían algunas tardes, conversaban y comían frutas. Una vez compartieron una madrugada de suspiros anhelantes.

De repente a Único empezó a crecerle el pecho: primero era un grano diminuto que poco a poco tomó la forma de un seno de mujer. Esto lo perturbó y llamó a Sandro -sabio en vidas y muertes-.

-¿A quién estás frecuentando?

Único expresó su verdad:

-Veo a muchas mujeres: algunas para inter-

cambios sexuales, otras para robarles sus réditos y otras que ni siquiera me importan.

-Tal vez aquí está la explicación: no crees en el amor—dijo Sandro—. ¿Alguna madrugada compartida?

Único recordó aquella vez que estuvo con Heroína y sonrió.

Sí —dijo—. No tuve la precaución de cuidarme como me previniste, recibí una bebida de manos de mujer.

Sandro lo miró y le dijo:

-Es probable que esa mujer te hiciera un conjuro. Debes contactarla pronto.

Único escribió a Heroína sin recibir respuestas durante dos semanas. Su seno seguía creciendo, estaba en el centro de su pecho y hacía que respirara con dificultad. Además sentía muchos deseos de salir volando, perderse en el infinito, irse, no estar.

Heroína aceptó ver a Único un atardecer, bajo la ceiba. Él llegó ansioso y se sentó en la hierba a esperar. Los guayacanes tenían muchas hojas verdes. Heroína caminó hacia Único con una sonrisa entre su cabello suelto. Único le dijo:

-Heroína ¿qué me hiciste aquella madrugada?

Ella lo miró y respondió:

-Nada diferente a lo que tú hiciste conmigo. Un poco de mi esencia. Ahora solo queda soñar en desaparecer.

Se abrazaron y del pecho de Único nació una ceiba, primero una rama y luego salieron otras: era una ceiba en miniatura, la ceiba grande elevó sus raíces hacia la pequeña, la llevó a sus pies y la sembró allí en la tierra.

Único lloró porque no quería —a pesar de todo— separarse de su hija. Heroína lo miró, se dieron un beso suave y sus cuerpos se volvieron pequeños y duros y se metieron en la tierra, subieron por la savia hasta la ceiba y esperaron tres años a que la ceiba diera motas y así cumplir su sueño de desaparecer, de volar, de ser etéreos.

El río de la memoria

Estoy dentro de ti. Corro dentro de tu sangre. Soy el río de la memoria que hace que las cosas sucedan en acontecimientos extraños, que se unan de maneras casi invisibles y permitan encadenar nuevas ideas, que los sueños se vuelvan enredaderas. Deja que surjan los recuerdos.

Deseo que me mires, deseo que me sientas. Ate-mos los hilos que se recortan en este entramado.

Haz que las cosas regresen a su lugar, al lugar primigenio en que empezaron las anunciaciones.

Dime que quieres retornar a la antigua estación, a la edad primera, al hilo de la memoria. Que se anuden el pasado y los sueños de maneras casi indescifrables. Deja que te lleve el movimiento sin fin de la vida. ¡Oh, la vida! ese acontecimiento crucial, ese ser y estar en la memoria de los otros.

Soy por lo que piensas de mí. Existo en relación con tus ideas. Deja que la corriente lleve tus sueños y tus ilusiones más allá de la realidad. Dime que quieres empezar a desenmarañar el ovillo de la memoria. Dime que quieres desatar los lazos que unen las cosas, los temas, los tiempos y quieres hacer que todo salga a la luz como en aquellas épocas en que soñábamos un mundo feliz y eterno.